

indiferente para hacer alarde del poder absoluto ó para practicarlo. No se cuidaba mas que de sus placeres, no tenia afecto al poder sino para gozar de la vida, y no tenia reparo en aprobar planes y transacciones á trueque de alejar los peligros de la lucha, y ahorrarse disgustos. Mas en el fondo de su alma solo la monarquía absoluta merecia la aprobacion. Habia presenciado los extravíos y desmanes de las instituciones de su país, sufriendo las consecuencias y por otra parte habia contemplado muy de cerca el esplendor de la córte de Luis XIV, y la fuerza de su gobierno. Hácia esos objetos se sentia naturalmente inclinado por la admiracion que le habian causado. De aquí nació su propension á caer en un venal servilismo respecto de Luis XIV, considerándolo como jefe del partido de los reyes, y no sintiendo cual debia las humillaciones á precio de las cuales le vendia aquel soberano la política y las libertades de su país.

En materias de religion Cárlos era á un mismo tiempo esceptico y católico, sin creencias y tan corrompido de espíritu como de corazon. Mas en último resultado pensaba que si algo cierto habia en la religion, no podia ser sino en el catolicismo, baluarte mas seguro para los reyes contra los peligros del poder y para los hombres contra los de la eternidad.

Asi es que si bien en los actos públicos de su vida Cárlos no se condujo como soberano absoluto y católico, en el fondo de su alma fue católico y absolutista, simpatizando con los demás soberanos del continente, pero no con la fé y la política de su nacion.

Jacobo II era católico y absolutista celoso: sus actos estuvieron en consonancia con éstos principios. Además de esto era ciegamente emprendedor y tenia la obstinacion de un espíritu mezquino y estéril y la dureza de un corazon frio y seco.

Tales eran los dos príncipes que la restauracion puso al frente de la nacion inglesa, cuando esta maldiciendo la revolucion volvió á ponerse bajo el trono con placer, pero resuelta instintivamente á conservar las adquisiciones que habia hecho.

La historia de Inglaterra, en todo el curso de la restauracion no es mas que la descripcion del profundo desacuerdo, lentamente manifestado, pero al fin estallando con violencia entre dos monarcas y su pueblo, la historia de los constantes esfuerzos de este por evitar las consecuencias de aquel desacuerdo, esto es, una nueva revolucion.

El pueblo ingles durante aquella época fue esencialmente conservador. Facciones ardientes y ambiciones egoistas lo agitaron con intrigas, sedi-

ciones y conspiraciones. Mas de una vez se vió arrastrado por sus esfuerzos ó por sus propias pasiones á movimientos revolucionarios en apariencia; pero lejos de conceder su apoyo á los hombres que procuraban derribar la monarquía de los Estuardos el pueblo ingles se paraba y retrocedia en el momento que comprendia su intencion. Los conspiradores y los sediciosos no fueron durante el reinado de Cárlos II mas que una minoría reprobada por el país, aun cuando este parecia dispensarles alguna simpatía.

A proporcion que la monarquía restaurada cometia mas faltas y dejaba ver mas claramente sus tendencias, el descontento público se iba agravando, las probabilidades de rompimiento entre el pueblo y el soberano eran mas numerosas; pero el pueblo luchaba contra esas probabilidades en vez de solicitarlas.

La nacion inglesa durante veinte y seis años hizo por mantener los Estuardos en el trono, pero sin entregarles sus leyes y sus creencias, todos los sacrificios y todos los esfuerzos que el espíritu conservador mas sufrido y constante puede exigir.

Todas las fases del gobierno ingles durante aquella época, la conducta y destino de todos los partidos y de todos los gabinetes que ejercieron el poder no son mas que formas diversas y pruebas irrefragables de ese grande hecho.

El antiguo partido realista, los consejeros leales de Cárlos I en la desgracia, y de Cárlos II en el destierro fueron naturalmente los primeros que estuvieron en posesion del poder. Clarendon era su jefe. Este hombre con su espíritu varonil, recto y penetrante amaba sinceramente el orden moral y legal. Adicto resueltamente á la Constitucion y apasionadamente á la religion de su país respetaba profundamente todos los derechos tradicionales ó escritos asi del pueblo como del soberano, y detestaba la revolucion hasta el punto de serle indistintamente toda innovacion sospechosa y antipática. Como primer ministro se manifestó mas altanero que confiado, careció de amplitud en sus planes y de generosidad simpática en el carácter, gozó de su elevacion fastuosamente y ejerció el poder con rigidez.

Su conducta cerca del rey que le profesaba un aprecio lleno de afectuosa confianza, era simultáneamente severa y humilde, pasando de francas manifestaciones á las complacencias, diciendo la verdad como hombre honrado y sintiendo haberla dicho, buscando apoyo en las camarillas cortesanias y desdeñando la fuerza que el parlamento podia haberle da-

do. Su empeño era mantener á un mismo tiempo la corona en el respeto de las antiguas leyes del país, y la cámara baja en la modestia de su antigua situacion, y se lisonjeaba de poder ceñir la prerogativa régia á la legalidad sin imponerle ninguna responsabilidad necesaria respecto del parlamento.

Estrelláronse sus proyectos ante la quimérica tentativa de establecer, al salir de una revolucion popular, un gobierno que no fuese ni arbitrario, ni limitado. Sucumbió finalmente ese ministro despues de siete años de preponderancia, siendo odioso á los pueblos por su arrogancia monárquica, á las sectas disidentes por su intolerancia episcopal y á la córte por su severidad desdeñosa. Vióse finalmente perseguido de la ciega cólera del pueblo que le achacaba todos los males públicos y todos los desmanes del poder, y hasta tuvo que lamentar el verse indignamente abandonado del monarca para quien no habia sido en último resultado mas que censor incómodo y ministro comprometedor.

Atribuyóse la caída de Clarendon á defectos de su carácter y á varias faltas ó contratiempos de su política en lo interior y en lo exterior. Así se desconoce la grandeza de las causas que deciden de la suerte de los grandes hombres. La Providencia que les impone una tan ruda tarea no los trata con tal rigor que no les disimule algunas faltas y los derribe ligeramente por algunos errores ó desgracias particulares. Otros grandes ministros Richelieu, Mazarino, Walpole tuvieron tambien defectos, cometieron faltas, é incurrieron en desaciertos tan graves como los de Clarendon. Pero tuvieron el tacto de comprender su época: las miras y los esfuerzos de su política, estuvieron en consonancia con sus necesidades, con el estado y movimiento general de los ánimos.

Clarendon se engañó por lo tocante á su época; no comprendió el significado de los grandes sucesos á que habia asistido; consideró todos los acontecimientos que mediaron desde el 1640 al 1660 como una revolucion despues de la cual nada debia hacerse mas que asegurar el orden y las leyes y no vió que al precipitar la sociedad inglesa en funestos extravíos, la habia aquella revolucion encarrilado por nuevas sendas donde la antigua monarquía restaurada debia adoptar necesariamente otra marcha.

Entre los grandes resultados que aquella revolucion habia producido en Inglaterra, Clarendon aceptó sinceramente el concurso necesario del parlamento, y aplaudió el triunfo del Protestantismo. Rechazó y combatió con obstinacion la reciente influencia de la cámara baja en el gobier-

no de la nacion y no supo comprender, ni practicar los medios en virtud de los cuales ese nuevo hecho podria convertirse en elemento de seguridad y de fuerzas para la monarquía. Este fue uno de los errores que en el inexorable destino de los hombres públicos no se oscurecen por el talento ni por raras virtudes y que dan un carácter mortal á desaciertos y desgracias que por otra parte son leves y casi de ninguna consecuencia.

Despues de los honrados consejeros de la antigua monarquía subieron al poder los frivolos favoritos de la nueva córte, llevando á Buckingham y á Shaftesbury á su frente: uno de estos era licencioso, arrebatado, superficial y presuntuoso: el otro estaba lleno de ambicion y era profundo y atrevido. Ambos estaban igualmente corrompidos y versados en el arte de corromper, y ambos con igual ligereza desertaban segun las necesidades de su ambicion ó el placer de su vanidad, de los intereses del trono á los del pueblo, ó del gobierno á la faccion. Estos ministros formaron el proyecto de dar satisfaccion al parlamento, á los disidentes, y á todas las opiniones que la política severa y aislada de Clarendon habia irritado.

Mas no basta la voluntad de complacer ni de abstenerse de choques para gobernar. No sospechaban los temerarios é inmorales sucesores de Clarendon la clase de dificultades y de peligros que iban á atraer sobre el poder y sobre sus mismas personas al tomar su punto de apoyo en la cámara baja. Para que una asamblea popular pueda ser un medio habitual de gobierno fuerte y normal, es preciso que ella misma á su vez se halle sólidamente constituida y gobernada, lo cual no puede conseguirse sino en cuanto se componga de grandes partidos unidos por principios comunes, y en cuanto marche constante y disciplinadamente hácia un objeto determinado bajo la direccion de jefes acreditados. Entiéndase que tales partidos no pueden formarse ni subsistir sino estando reunidos sus miembros por el vínculo de intereses poderosos, y de sólidas convicciones.

Una cierta medida de fé en las ideas y de lealtad en las personas es condicion vital de los grandes partidos políticos así como estos son tambien condicion de un gobierno libre. Nada de esto existia ni aun remotamente en tiempo de Carlos II cuando el ministerio, llamado de la Intriga, intentó gobernar de concierto con la cámara de los diputados y segun sus propias aspiraciones. Despues de tantos sacudimientos y equivocaciones, particularmente en las regiones inmediatas al poder, los hombres estaban poseidos de dudas, de desconfianzas, de una movilidad continua y de un espíritu de personalidad que unas veces se impacientaba hasta

incurrir en faltas de pudor, y otras por ostentar prudencia rayaba en pusilanimidad.

La cámara de los diputados estaba llena de restos de los partidos revolucionarios, y no habia ninguna fraccion política capaz de sostener con dignidad al gobierno. No era posible que hombres tales como Shaftesbury y Buckingham organizase semejantes partidos y solo para adquirirse prosélitos andaban recorriendo todas las filas, y tanteando toda clase de recursos. Su política era impudicamente contradictoria é inconsecuente: unas veces hacian estrechas alianzas con la Holanda; otras las vendian á los intereses de Luis XIV sin mas norma que la momentánea necesidad que tenian de utilizar el celo de los protestantes ingleses, ó el favor del gran rey extranjero.

Eran tolerantes con los sectarios por respeto aparente á los derechos de la conciencia, pero en realidad solo por complacer al rey que deseaba proteger los católicos. Tampoco eran consecuentes en este particular, pues así que veian síntomas de irritacion en la cámara corrian presurosos á pedir al rey la sancion de rigurosas medidas contra los católicos. Su política interior y exterior no presentó, por decirlo de una vez, mas que una continua série de ensayos y contradicciones: sus mas equitativas medidas no fueron mas que medios de corrupcion y de soborno aisladamente adoptadas ó suspendidas arbitrariamente y siempre desprovistas de solidez y de sinceridad.

Alguna vez tanto en lo interior como en lo exterior del parlamento solia el público dejarse prender en esas redes, porque nada puede compararse con la precipitacion que las pasiones populares manifiestan en creer lo que les agrada, ó en escusar todos los defectos de sus ídolos. En tales casos obtenian los miembros del ministerio de la Intriga algun favor por parte del público; pero no era mas que una llamarada tan fácil en brillar como en apagarse. Su vida licenciosa, la notoria perversidad de sus costumbres, la veleidosidad de su conducta y la vanidad de sus promesas chocaban con el sentido moral del país que á pesar de tantos escándalos y aberraciones conservaba un sólido fondo de virtud y de fé. Algo mas habria hecho el pueblo que indignarse si hubiera sabido que su rey de acuerdo con sus principales consejeros concluia un tratado secreto con Luis XIV mediante el cual se comprometia á declararse católico así que le fuera posible hacerlo con alguna seguridad, y entre tanto vendia por algunos millones la independenciam de la política y de las instituciones de su reino.

La Inglaterra ignoró por mucho tiempo esos vergonzosos actos; mas cuando la desconfianza es profunda, la ignorancia pública tiene presentimientos que á veces estravian y á veces ilustran maravillosamente la conciencia de los pueblos. Sin saber hasta que punto el ministerio de la Intriga rebajaba y vendia el decoro del país no solo no le dispensó nunca su confianza la cámara de los diputados, sino que por último lo atacó violentamente. Cayó el ministerio á los golpes de un poder que los mismos ministros habian engrandecido prometiéndose convertirlo en provecho suyo, pero sin fomentar el progreso de la organizacion de los partidos en el parlamento, ni su accion normal en el gobierno.

Sir Tomás Osborne, conde de Danby subió al poder y manifestó mucho mas buen sentido político, y mas influencia en el desarrollo del régimen parlamentario. Aunque habia principiado á tomar parte en los asuntos públicos bajo los auspicios de los ministros de la Intriga y aunque desde bastante tiempo atrás estaba familiarizado con algunos de los perniciosos sistemas de aquel ministerio tenia en su favor la circunstancia de ser procedente del país y no de una camarilla palaciega. Simple propietario del condado de York podia decir que su partido se componia de todos los hidalgos de su provincia y que la cámara baja era su patria política. Defendió con ardor la causa de la corona y el poder real; pero asociándolo al parlamento, en vez de aislarlo. Procuró por toda clase de medios, buenos ó malos, persuadiendo ó comprando las votaciones, formar en la cámara un partido compacto y permanente y establecer entre la administracion y su partido aquella íntima responsabilidad única que puede dar robustez al poder concentrado en un mismo pensamiento y en una misma accion política sus diversos elementos.

Danby comprendia la opinion nacional en materias de religion y de relaciones exteriores, porque era tambien la suya propia: queria la seguridad del protestantismo y la buena inteligencia del gobierno ingles con los demás estados que defendian esa misma causa. Por eso influyó en el ánimo de Carlos II hasta el punto de hacerle concluir la paz y luego contraer alianza con Holanda, dando la mano de su sobrina María al príncipe Guillermo de Orange. De esta manera preparaba Danby en lo exterior seguridades para las creencias y libertades de su país, al paso que en lo interior principiaba á formar sólidamente ese gran partido de la prerrogativa real y de la iglesia, que desde aquella época ha comunicado tanta fuerza á la monarquía inglesa y ha contribuido tan poderosamente á su estabilidad.

Por una feliz combinacion de opuestas circunstancias en tanto que el buen juicio y habilidad de Danby organizaban el partido *Tory*, sus mismos defectos hacian tomar al partido *Whig* un enérgico y saludable desarrollo. Bien pueden gloriarse los *Whigs* de traer su origen, y de haber recibido los primeros impulsos de su grandeza defendiendo las libertades y la moralidad política de su país. Nació su partido bajo la invocacion de principios y de sentimientos generosos, y en las luchas contra Danby y su ejército de *caballeros* transformados en *Torys* fue donde empezó á tomar su carácter propio y su fuerza. Luchas fueron aquellas todavía muy desordenadas y confusas; mas ya aparecieron en ellas distintamente dos grandes partidos parlamentarios aspirando ambos al gobierno del país para practicar sistemas políticos realmente diversos en virtud de principios no esencialmente contrarios, pero profundamente distintos.

Al cabo de cuatro años terminaron aquellas luchas con la caída de Danby, y la disolucion de aquel parlamento realista llamado tambien el Largo y que con una estraña mezela de adhesion, de servilismo y de independencia contribuyó durante diez y ocho años á dar fuerza á la monarquía y á la formacion de un gran ministerio *Whig*, en el cual los jefes de partido Temple, Roussell, Essex, Hellis, Cavendish y Powle ayudados del jefe de los moderados fluctuantes, Halifax, y del audaz renegado de la camarilla cortesana Shaftesbury, convertido en favorito del pueblo, acometieron la empresa de reformar y dar direccion al gobierno.

El asunto era de la mayor importancia. Por primera vez, y á pesar de la prolongada resistencia de la corona, la oposicion parlamentaria llegaba á conquistar el poder en nombre de la opinion pública y de la mayoría. ¿Acertaría á ejercerlo y á mantenerse en el puesto? ¿Podría satisfacer los deseos reales del país sin conmovier las bases de la monarquía que se manifestaba alarmada de su advenimiento al poder?

No consiguieron los *Whigs* resolver ese problema. Su falta de experiencia, ó tal vez el influjo de las falsas teorías políticas que aprendieron en los actos del parlamento Largo revolucionario, contribuyeron á que sus ideas sobre la organizacion y condiciones del gobierno constitucional fueran confusas, poco practicables y llenas de contradicciones y dudas. A un mismo tiempo se dejaban dominar de preocupaciones monárquicas y de preocupaciones republicanas. Intentaron constituir el gabinete sobre amplias bases, como para convertirlo en una especie de cuerpo intermedio, capaz de contener á la corona por el parlamento y á este por aquella; pero no habiendo concebido bien semejante proyecto, lo vieron abortar

en el momento de nacer. Conservaban el espíritu de oposicion hasta en el ejercicio del poder, y se apoyaban en la monarquía mas bien para defenderse que para sostenerla.

Vivian mezclados con los restos de las facciones anárquicas que habian sobrevivido á la revolucion y que no cesaban de atacar sordamente á la monarquía. El partido republicano casi nulo en las clases elevadas era débil é impotente hasta entre la multitud; pero habia agitadores y revolucionarios encarnizados que vendian sus servicios á cualquiera que les ofrecia esperanza de satisfacer su turbulencia y sus animosidades. Los *Whigs* se hallaban constantemente en contacto, ya que no en connivencia con esos agitadores de profesion, esperando convertirlos en prosélitos, al paso que estos esperaban tambien convertir á los jefes de aquellos en instrumento de sus maquinaciones, y por eso los estaban comprometiendo sin cesar cerca del rey, ó cerca del pueblo monárquico aunque descontento, y decididamente contrario á toda nueva revolucion.

Contra esas faltas de su conducta, ó vicios de su situacion tenian los *Whigs* un recurso de que hicieron ámplio y triste uso; consistia en complacer las pasiones populares. El terror y el odio al papismo era en aquella época la pasion que generalmente dominaba al pueblo ingles. Conociendo este por simple inspiracion de su instinto la conducta que el rey seguia por lo tocante á sus creencias religiosas escedió los límites de toda razon, de toda justicia y de toda humanidad. La persecucion política y judicial contra los católicos durante tres años, puede considerarse como el crimen de un pueblo furioso en su fé, y de un rey cobarde en su incredulidad. Los *Whigs* se unieron ó cedieron como los *Torys*, á esos arrebatos. Tuviron además la mala suerte de subir al poder cuando empezaron á ceder los primeros accesos del furor nacional y cuando por consiguiente daban lugar á un movimiento de reaccion en favor del buen sentido y la equidad. Esta circunstancia les puso en el caso de sufrir mas duramente que sus rivales el peso de la secreta indignacion del monarca que se alegró de poder vengar en ellos las iniquidades á que no habia tenido el valor de oponerse.

Su situacion en lo relativo á los negocios estranjeros no fue menos complicada ni segura. En tanto que los *Whigs* en general se indignaban de la servil intimidad de Carlos con el gabinete frances, muchos de los gefes del mismo partido recibian de Luis XIV favores y pensiones: unos por corrupcion, porque tampoco faltan en el partido del pueblo libertinos como en las pandillas cortesanas, y otros cediendo por sentimientos

de honor y patriotismo á la quimérica esperanza de emplear en servicio de la libertad de su patria los medios de influencia que adquirian por parte de un monarca extranjero. Mucho peligro se corre en ir á buscar en lo exterior fuerzas secretas para emplearlas en los asuntos interiores del país: el ministro mas hábil se aventura al obrar de ese modo á servir mas bien los intereses agenos, que los de su gabinete; esto sucedió precisamente en la época á que nos referimos y en la cual Luis XIV sacó mucho mas fruto para su política de las relaciones que tuvo con algunos jefes *Whigs* que el que estos consiguieron del apoyo secreto que les dió para derribar á Danby y hacer disolver el parlamento Largo de los realistas.

En medio de semejante situacion tan llena de dificultades y peligros los *Whigs* se propusieron cambiar el orden de sucesion al trono escluyendo por medio de un acto del parlamento al sucesor legítimo. Esto era lo mismo que hacer una revolucion anticipadamente, solo por conjeturas fundadas, pero remotas, y sin que existiera ningun hecho actual y evidente que justificara la absoluta necesidad de trastornar el orden. Los *whigs* llegaron sin duda á pensar que en semejantes casos era mas conveniente preveer que esperar y que valia mas resolver en el acto por via de deliberacion legal, que esperar andando el tiempo una resolucion debida á la fuerza y tal vez á costa de una guerra civil.

Fuerza es decir que muy superficiales fueron sus miras y que muy poco conocimiento tuvieron de los hombres y de las grandes condiciones del orden social, si llegaron á discurrir de ese modo. Es aun mas grave el discutir una revolucion que el hacerla: mas se conmueve un estado cuando en nombre de la razon humana se atacan sus leyes fundamentales, que cuando tienen que ser infringidas por el rigor de la necesidad. Lo que los *whigs* pedian al parlamento era que aboliese por su sola voluntad, y antes que Jacobo II subiera al trono, el derecho hereditario de este príncipe; en una palabra, querian establecer como principio la subordinacion de la monarquía á la deliberacion del parlamento. El instinto público advirtió á la nacion que esto era lo mismo que dar un golpe de muerte á la monarquía: despertóse rápidamente el espíritu monárquico y dió márgen á que en el seno mismo del gabinete estalláran disidencias. Perdieron los *whigs* toda alianza aun entre los *torys* mas moderados, y se vieron reducidos á las únicas fuerzas de su partido.

De esta manera llegaron tambien á ponerse en presencia de un obstáculo en el que no habian fijado bien la atencion, en la conciencia de Cár-

los II. Este monarca egoísta no se creyó autorizado á disponer de los derechos de su hermano, y los defendió á todo trance. En obsequio de la nacion inglesa es preciso decir que las pasiones populares se contuvieron ante el respeto de los poderes legales; el *bill* de esclusion adoptado por la cámara baja fue rechazado por la de los lores y no se hicieron mas tentativas para pasar adelante y triunfar por otros medios.

Pero la cuestion permaneció en pie. La cámara de los diputados que habia votado la esclusion de Jacobo II fue disuelta; mas el *bill* fue nuevamente propuesto y votado en la siguiente. Los dos grandes partidos que se habian progresivamente formado en el curso de aquel reinado estaban resueltos, los *whigs* á escluir del trono al monarca futuro, y los *torys* á conservar intacta la monarquía. Carlos II tomó tambien por su parte una determinacion: decretó la disolucion de la cámara baja, separó absolutamente del poder á los *whigs*, formó su consejo de miembros del otro partido y gobernó cuatro años sin parlamento.

Años lúgubres fueron aquellos en que la Inglaterra no dejó de oír un momento el rugido de las próximas tempestades. Los *whigs* por su parte habiendo vuelto á entrar en las filas de la oposicion conspiraron gradualmente y con diversas intenciones: unos para apoderarse legalmente del poder; otros para obligar al rey, aunque fuese por medio de la insurreccion y la guerra civil, á aceptar lo que ellos consideraban como derecho y deseo unánime del país, y otros finalmente, que componian la clase inferior ó mas desesperada del partido querian deshacerse á toda costa aunque fuera por medio del asesinato, del rey y de su hermano, únicos obstáculos que se oponian al triunfo de la causa. Estas maquinaciones, unas veces exageradas, y otras confundidas por una publicidad incompleta y por medio de procesos seguidos con refinada inquietud sumergian el país en inquietudes de diverso carácter: el partido conservador se indignaba y llenaba de alarma por la seguridad del trono y del orden establecido, en tanto que el partido popular se iba irritando á proporcion que veia la inutilidad de sus tentativas y el suplicio de sus jefes mas distinguidos.

La reaccion monárquica, y la hostilidad destructiva crecian paralelamente. Las ordenanzas municipales y de las primeras corporaciones, último baluarte del partido popular, eran judicialmente atacadas y abolidas. Los conspiradores en medio de su impotencia y su peligro emigraban á Holanda á conjurar al príncipe de Orange que acudiera á salvar la religion protestante y las libertades de Inglaterra. Es indudable en efecto.